

espléndidos que componen el libro *Mentiras de verano* (Sommerlügen, 2010). La cuestión fundamental que airean las siete historias, que tienen como frágil hilo conductor que transcurren en verano, como si el calor, las playas, los viajes, las reuniones familiares, el color de la naturaleza o la gravedad de la atmósfera favorecieran las imposturas. El tema es: ¿por qué mentimos a los demás o a nosotros mismos?; ¿por qué la mentira es parte sustancial de nuestra relación con los otros, incluso del amante (*Noche en Baden-Baden*) que engaña a varias mujeres sin acertar a explicárselo?; ¿hay más verdad en la mentira de la ficción –brillantemente teorizada por Mario Vargas Llosa– que en nuestra imperfecta vida real del día tras día?

Las mentiras

Desde el primer cuento (*Temporada baja*) de un hombre maduro que se enamora de una extraña durante las vacaciones pero recela de reconducir su solitaria vida con ella, al tipo que intenta en vano intimar con su desconocido padre e improvisa el viaje de los dos a un festival de Bach –*Mentiras de verano* viene a ser algo así como unas sutiles *Variaciones Goldberg*–, el profesor enfermo que se reúne con la familia pero no les confiesa su intención de darse muerte cuando no pueda soportar el dolor, el pasajero de un vuelo a quien un compañero de butaca involucra en una historia sórdida, o el escritor mediocre celoso de la fama de su esposa también escritora que intenta exiliarla del mundo.

Todos ellos han sufrido alguna suerte de pérdida irrecuperable y las substituyen por patrañas que no dudan en asumir como verdades. En este sentido el último cuento del volumen (*El viaje al Sur*), tal vez el mejor del grupo y sin duda el más transparente, arranca con esta frase abrumadora: “El día que dejó de querer a sus hijos no fue distinto a otros días”; luego vemos cómo la abuela que de pronto se vació de sentimientos ante un amor frustrado de juventud, prefiere seguir aferrada a la mentira con la que sobrevivió antes de encarar la verdad que invalida todas sus coartadas.

Schlink conoce su oficio a fondo y es demasiado honesto para poner puertas al campo, así que todas las historias están escrupulosamente narradas y quedan abiertas a la complicidad del lector que deseé completarlas por su cuenta y riesgo. Ahora bien, lo que al final quiero destacar de *Mentiras de verano* es que la intensidad y la trascendencia de lo que se muestra en estos siete fragmentos de vida, resaltan gracias a la aparente naturalidad y concisión, a la inteligente medida del estilo verbal, por descontado antidisgregativo, que Bernhard Schlink maneja con la diabólica habilidad de un patólogo clínico. |

Aldous Huxley
Los escándalos de Crome

Traducción de J. Farrán y Mayoral

EDICIONES DEL VIENTO
276 PÁGINAS
16,95 EUROS

Mi tío Spencer
Traducción de Fernando Calleja Gutiérrez

EDICIONES DEL VIENTO
256 PÁGINAS
16,95 EUROS



El escritor Aldous Huxley en una imagen de 1948

ELIZABETH CHAT / PICTURE POST / GETTY IMAGES

Novela y narrativa Aldous Huxley se labró una sólida reputación con sus primeras obras, en las que satirizaba las discusiones pseudointelectuales o ironizaba sobre la volubilidad del destino; es el momento de recuperarlas

Antes de ‘Un mundo feliz’

ISABEL GÓMEZ MELENCHÓN

Aldous Huxley (1894-1963) ya debía estar rumiando sobre cómo podría ser un futuro mundo feliz cuando, a los 27 años, escribió su primera novela, *Los escándalos de Crome*, recuperada por Ediciones del Viento, junto con la compilación de cuentos, también de sus primeros años, *Mi tío Spencer*, cuando ya no están disponibles las primeras publicaciones de estos títulos a cargo de Plaza & Janés en los setenta. Su revisión nos proporciona el placer de volver a leer al autor más allá de sus obras capitales y regocijarnos con la finura de su ironía, ya se trate de ridicularizar el esnobismo cultural de unos falsos intelectuales o de la picardía de un abuelo tunante que anima a su primogénito a cargarse de hijos y trabajos mientras él disfruta con su gruesa amante (*El sombrero mejicano*, tal vez el mejor de sus cuentos). Y, por supuesto, saborear su carácter inequívocamente inglés, aún no perturbado por los años de residencia en California.

Remarcablemente inglés es, en efecto, el ambiente que se crea en la mansión conocida como Crome, en plena campiña, un verano de principios de los años veinte, cuando se reúne un relamido cortejo de personajes para disfrutar de la hospitalidad del matrimonio anfitrión. Profesores, poetas, novelistas, aspirantes a ambas disciplinas

o desencantados también de ambas, dedican su tiempo a comer, beber, pasear, compartir veladas y flirtear. Hay una muchacha que pierde su virginidad con un mujeriego encantador mientras diserta (ella) sobre los beneficios de la actividad sexual sobre el organismo, y un escritor que aspira al amor de otra de las invitadas sin darse cuenta de que la está matando de aburrimiento. Hay historiadores pelmatos y filósofos al borde del ataque de ego y mucha, mucha conversación vana e inútil. Sobre el grupo flota la nube de un tedio letal disfrazado de cultura.

Huxley, perteneciente al grupo de Bloomsbury, conocía muy bien este tipo de reuniones, y se inspiró para el grupo de Crome en otra mansión con ínfulas, la de Lady Ottoline Morrell, a cuyas tertulias asistía él mismo, en compañía de luminarias como D.H. Lawrence, T.S. Eliot o Dora Carrington. El resultado es una muy lograda sátira tan válida hoy como hace setenta años, que tiene la particularidad además de adelantarnos algunas de las ideas que aparecerán en años y obras posteriores, como cuando uno de los invitados, Mr. Scogan, desgrana su concepción del Estado Racional, en el que los seres humanos estarían separados según las cualidades de su espíritu en tres grupos, las Inteligencias Directoras, los Hombres de Fe y el

Rebaño, que sería educado para alcanzar la felicidad “trabajando ocho horas cada día, obedeciendo a sus superiores, convencidos de su propia grandeza, significancia e inmortalidad. Pasarán la vida en un placentero estado de intoxicación del que nunca despertarán”. Aterrador.

Muy diferente es la fina ironía que rezuman sus cuentos, en los que el destino juega con los deseos de las personas para llegar a paradójicos finales. En *Mi tío Spencer*, el relato que da título al volumen, el narrador evoca su infancia a través de los veranos pasados en Bélgica con un tío soltero, propietario de una fábrica de azúcar pero poco dado a la dulzura él mismo hasta que encuentra el amor en un campo de detención alemán durante la Gran Guerra. En *El sombrero mejicano*, ambientada en Italia, un hombre se debate entre sus ansias de libertad y su sentido del deber hacia las tierras y las casas que han pertenecido durante generaciones a su familia, un sentimiento que será explotado por su padre, para convertirse, él, en el hombre libre. En *Hubert y Minnie*, la mujer anhela amor, pero cuanto más lo persigue más se le escapa. Y así en el resto de relatos, muy sobresaliente *El pequeño Arquímedes*, donde desarrolla otra inesperada vuelta de tuerca del destino, alejado de la razón, más cercano al corazón. |